

# UN SALTO A PARÍS

*Alexander Montes Miranda<sup>1</sup>*

El metro de París jamás soñó con tan ilustre visita.

Tampoco lo hicieron los trabajadores de la estación que lo alimenta al interior del aeropuerto Orly. Aquello fue una contienda singular, entre una cartagenera abrigada hasta las pestañas con cuanto trapo encontró (porque la idea de que no se encontraría con nadie conocido aseguró la decisión de usar lo que tuviera a la mano) con una parisina de pocos años que inició la charla con una sonrisa desdibujada muy lentamente cada vez que repetíamos la pregunta matizada con una risita que se encaramaba en los límites de la felicidad, el miedo y el asombro.

En fila india, no por indios puros sino por orden, esperamos la llegada del metro. Lo de indios puros era visible en las mezclas que se ponían en evidencia en nuestra piel, acentos y visiones de mundo, pero ese día ninguna de esas cosas importaron. Como tampoco las advertencias de prudencia y altura que se cansaron de hacernos antes del viaje; ni mucho menos la amenaza de muerte que le hicieron al ilustre abogado que nos acompañó, antes de salir de su casa, como llegara al perder la

cámara fotográfica de última generación que le habían confiado a sabiendas que carecía de pocas habilidades para guardar cosas.

Tampoco importó el linaje que convencía a la bella Liris, ese día aun no ponía en discusión que su paso por este lugar estaba siendo un recorrido posterior al que su sangre había hecho. Una caminata inversa por el conocimiento de los suyos.

Ya en el tren, solo nos distinguíamos por las voces y el volumen, las dos cosas se conjugaron cuando el altavoz del metro anunció la llegada a la estación contigua a la catedral de Notre Dame, y en varios idiomas nos habían advertido que allí terminaba nuestro recorrido para iniciar uno nuevo por sendero de las luces.

En varias estaciones anteriores los viajeros salían despavoridos y algunos de ellos eran golpeados por las veloces puertas que quedaban abiertas sólo hasta que el tiempo fijado lo dictaba y no hasta que el ayudante de los buses cartageneros siguiera caminando lentamente antes de saltar al bus y gritar a toda boca el sólito “arranca”.

---

<sup>1</sup> Licenciado en educación básica-lengua castellana y Magister en educación de la Universidad de Córdoba, doctorante en Ciencias de la educación de la Universidad de Cartagena. Email: amontes20@gmail.com



De manera que en nuestra parada ya estábamos psicóticos y esquizofrénicos con la bajada, el anuncio, el tiempo, la puerta y las miradas. Todo estaba confabulado en contra nuestra.

El primero en acelerar el pasó fue Andrés, que en medio de tantas voces no escuchó nuestra gritería para advertirle que iba a bajarse por la puerta del carril y no la del pasillo, y que si seguía su camino iba a ser molido por otro tren que viniera en dirección contraria. Ante

ello, la bella Liris no tuvo más remedio que recordar sus tiempos de anotadora de baloncesto y dar un salto que ya hubiera envidiado Michael Jordán para marcar una canasta de tres puntos.

En una mezcla de salto, velocidad y ritmo que ella misma había considerado extinto sacó a Andrés de su fatal rumbo y lo puso a salvo en el pasillo, mucho antes que todos los que también nos bajábamos en aquel lugar.